

otro día siguiente le fué á recibir en nombre de la señoría Maxixcatzin: en recompensa de su buena voluntad, ofrecimiento y consuelo que le hizo, le dió el estandarte real de Mexico que estimó él mucho, y puso por una de sus armas.¹

¹ Este relato va en su mayor parte conforme con las pinturas del lienzo de Tlaxcalla; pero en éste se pone la entrega del estandarte Quetzalteopamitl, ya en la ciudad de Tlaxcalla, y al joven Xicotencatl, á quien, según Muñoz Camargo, había cedido el mando su padre, porque se sentía muy viejo é imposibilitado.

CAPITULO XC

Que trata del buen acogimiento que tuvo Cortés en Tlaxcalan, y todo lo que en ella hizo durante el tiempo que allí se reformó; muerte del rey Cuillahuatzin, y elección de Quauhtemoc, de Coanacochtzin y de Tellepanquetzaltzin.

Habiendo descansado Cortés y los suyos en Hueyotlipan, Maxixcatzin con otros muchos señores y más de cincuenta mil hombres de los amigos, le apresuraron la ida á Tlaxcalan, en donde los cuatro señores principales con toda la señoría le salieron á recibir, y llevaron á su ciudad con muy gran regocijo, en donde le curaron y regalaron muy bien, según la relación que tengo citada de Tlaxcalan que es la que yo sigo; y todo lo más que he escrito y adelante escribiré, es según las relaciones y pinturas que escribieron los señores naturales recién ganada la tierra, que se hallaron en los lances acontecidos en aquellos tiempos; porque en cuanto á las cosas de nuestros españoles, y más notables en aquestos tiempos, Francisco de Gomara en su historia de las Indias, Antonio de Herrera en su erónica, el Reverendo padre Fr. Juan Torquemada en su Monarquía Indiana, y como testigo de vista el invictísimo D. Fernando Cortés, marqués del Valle, en las cartas y relaciones que envió á su majestad, todos tratan muy especificadamente, en donde los curiosos lectores hallarán á medida de sus deseos lo que quisieren. Prosiguiendo pues en la traducción de las dichas relaciones y pinturas, dice la de Tlaxcalan que se aposentó

Cortés con los suyos en la casa de Xicotencatl, en donde estuvo la primera cruz; y entre otras pláticas que tuvo con él, en razón del buen suceso de la conquista de la ciudad de Mexico y venganza de los agravios referidos, le dijo: "Señor seáis bien venido, descansad que en vuestra casa y patria estáis: á mí me habían dicho que desde Hueyotlipan, habiendoo reformado, queríades volver á Mexico para sojuzgar á los culhuas castigándoles su rebeldía, que á vos, á los tlaxcaltecas y á otros de vuestros amigos les han hecho, lo cual por mi voto no hubiera sido buen acuerdo: pues ya que venisteis á esta ciudad, os suplico descanséis en ella con los vuestros, y os reforméis; y soy de parecer, que ante todas cosas sojuzguéis á los de Tepeyacac, que es una provincia grande y muy fortalecida, en donde tienen los mexicanos la fuerza de sus ejércitos para daros por las espaldas, y hacer mal á vuestros amigos; y así conviene allanar primero á éstos y á los demás que están en estos contornos, para que con más seguridad salgáis con vuestra empresa, que tanto importa á todos." A Cortés le pareció muy bien, y quedó determinado de poner por obra el consejo de Xicotencatl. Mientras pasaban las cosas referidas en Tlaxcalan, fué en Mexico tan grande y tan general el daño que hicieron las viruelas que pegó el negro de Narvaez, que perecieron muchos millares de naturales; y entre ellos murió el rey Cuitlahuatzin, que había gobernado sólo cuarenta y siete días, y asimismo murió Totoquihuatzin rey de Tlacopan.¹ En lugar de estos dos, los mexicanos eligieron por su rey á Quauhtemoc de edad de diez y ocho años,² famosísimo capitán, cual convenía por el tiempo y trance en que se veían los mexicanos, que era sumo sacerdote de sus falsos dioses y señor de Tlatelulco; y los de Tlacopan eligieron por su rey al príncipe heredero Tetzpanquetzaltzin; y en la ciudad de Tetzcuco, por muerte del rey Cacama, á Coanacohtzin: todos tres hombres

¹ Totoquihuatzin fué muerto por los españoles la Noche Triste.

² Quauhtemoc tenía veinticinco años en el de 1521.

de valor y ánimo y que eran del apellido y bando mexicano; los cuales en sus juras y coronaciones hicieron muy solemnes fiestas y grandes sacrificios á sus falsos dioses con los cautivos españoles, tlaxcaltecas, huexotzincas, cholultecas y otros amigos de Cortés, que fueron habidos en los combates y retirada que hizo. Estando en este estado todos estos tres reyes, entraron en acuerdo y consejo de lo que debían hacer, para que de todo punto echasen de todas las tierras del imperio ó matasen á los pocos españoles que quedaban con su caudillo Cortés; y el mejor medio que para esto hallaban, era atraer á su devoción y amistad á todos aquellos que los favorecían y admitían en sus tierras y señoríos, ofreciéndoles muy grandes franquezas, libertades y paz perpetua entre ellos, porque no les aconteciese otra vez ver, que por sus medios viniesen gentes extranjeras y nunca vistas ni conocidas, á sojuzgarlos y señorearse de ellos; y asimismo tratar de paces con los reyes y señores remotos (con quienes los ejércitos del imperio habían tenido continuas guerras), y estando de paz con todos, con los partidos y capitulaciones que ellos quisiesen, aunque fuese restituirles algunas de las tierras y lugares que les tuviesen ganados, pedirles socorro y ayuda para destruir y consumir nuestra nación española: para lo cual enviaron sus embajadores á tratar con ellos con grande instancia lo que así tenían determinado, encareciendo las crueldades y tiranías que decían les hacían los cristianos, usurpándoles sus riquezas y señoríos; y asimismo fortaleciendo la ciudad todo lo mejor que pudieran. Entre los embajadores que despacharon, fueron seis á la señoría de Tlaxcalan, personas de autoridad y respeto, los cuales dieron su embajada con muy grande elocuencia á la señoría, persuadiéndola á que matasen ó echasen de sus tierras á Cortés y á los suyos, pues era gente extraña, que venía con gran codicia de usurpar y quitar los señoríos; y otras cosas que á su propósito alegaban, trayéndoles á la memoria ser todos deudos y de su linaje, por cuya causa, dejando aparte pasiones y contiendas pasadas, tenían más obligación de fa-

vorecer á los suyos, que no á aquellos pocos extranjeros que venían á embaucar la tierra; dándoles la fe y palabra de sus reyes, que entre ellos desde aquel tiempo en adelante tendrían perpetua paz y concordia inviolablemente, y que entrarían en parte de todas las rentas de las provincias sujetas por el imperio. Tanto supieron decir á la señoría estos embajadores, que casi toda ella después de tratado y altercado muy bien el negocio, la redujeron á su voluntad y deseo, y comenzaron entre sí á decir que tenían razón los culhuas y sus consórtes, y quedando la cosa establecida de la manera que sus reyes se obligaban, les estaba más bien el favorecer y amparar su causa, que no la de los españoles, gente extraña y que aún no sabían en que vendrían á parar sus designios. Uno de los cuatro señores que más aficionado se mostró á esta opinión fué Xicotencatl, que era el más antiguo de los cuatro supremos de la señoría, trayéndoles á la memoria de los tiempos atrás, siendo él mancebo y capitán general, la grande paz y concordia que tuvieron con los reyes de Tetzcuco y Mexico, como deudos y parientes tan cercanos que eran; que en las primeras guerras que tuvieron, así en sojuzgar al rey de Azcaputzalco que tenía tiranizado el imperio, como en conquistar algunas provincias remotas, andando en su favor siempre él y toda la señoría, la hicieron participante de lo mejor de los despojos y entró en parte de las rentas y tierras conquistadas, y después por dioses ¹ se vino á perder esta amistad y concordia, de donde nacieron las pasiones, enemistades y rencores que entre los unos y los otros había; y que así estableciendo la cosa según y de la manera que los embajadores decían en nombre de los señores mexicanos, sin duda ninguna le estaría muy á cuenta á la señoría hacer lo que se les pedía. Maxixcatzin contradijo por todas instancias lo que Xicotencatl alegaba y decía, favoreciendo muy hincadamente la parte de Cortés y de los suyos, alegando para ello muchas causas y razones: y estando en esta contien-

¹ Creo que este es error del copista, y que debe decir: por odios.

da (que era en la sala y oratorio de Xicotencatl en donde estaba la cruz), milagrosamente todos los que estaban en ella, vieron entrar una nube que cubrió la cruz, y quedó la sala obscura y triste; con que á Maxixcatzin viendo este milagro, se le aumentó el ánimo y brío con que defendía el partido de los cristianos, de tal manera que Xicotencatl el mozo (que sustentaba con muy gran coraje el parecer de su padre) y él llegaron á las manos, y Maxixcatzin le dió un reempujón, que lo echó de las gradas abajo que estaban á la entrada de esta sala. Todos los del consejo y junta viendo un milagro tan grande mudaron de intento, y se volvieron de la parte y opinión de Maxixcatzin; con que despidieron á los embajadores mexicanos diciéndoles, que ellos habían de defender y amparar á los cristianos, y perder por ellos la vida y la de sus mujeres y hijos: y así que los despidieron salió aquella nube, y quedó aquella sala muy clara y alegre y la cruz muy resplandeciente; por lo que desde entonces con muchas más veras servían, amparaban y favorecían á Cortés y á los suyos. Muy mal suceso tuvieron estos embajadores; aunque los que fueron á la provincia y reino de Michoacan y otras partes trajeron muy buenas nuevas á los señores mexicanos, ¹ pues todos les ofrecían socorro y ayuda contra Cortés y los suyos, hasta matarlos ó echarlos de toda la tierra, y castigar á todos aquellos que fueran en su favor; con cuyas nuevas se holgaron mucho y animaron á los de su bando y apellido. Los amigos de Cortés protestaron morir ó vencer en la demanda por no venir á manos de sus enemigos, que tratarían á los que quedasen con vida peor que á esclavos; y que así echarían el resto en favorecer y ayudar á Cortés. Estándose él curando en la ciudad de Tlaxcalan, cuando él día menos pensaba, todos los suyos fueron á él bien alterados y con determinación de dejarle; y le hicieron de parte de su ma-

¹ El canzonci ó rey de Michuacan mandó matar á los embajadores de Cuauhtemoc, para que fueran á la mansión de los muertos á dar el mensaje á su padre, que poco antes había sucumbido de viruelas.

jestad un requerimiento, pidiéndole que los sacase de aquella tierra: fué grandísima la pena que á Cortés le dió este motín; pero él se supo tan bien granjearlos y persuadirlos á que se asegurasen, que todos mudaron de intento y protestaron morir con él donde quiera que los guiase y llevase. Pasados veinte días, acordó Cortés de ir sobre los de Tepeyacac, según Xicotencatl se lo tenía aconsejado; y así habiéndose juntado más de cuatro mil tlaxcaltecas, huexotzincas y cholultecas, y por caudillo principal de los tlaxcaltecas Tianquiztlatoatzin y los hijos de Xicotencatl y otros señores de las cuatro cabezas, el primer día fué á hacer noche en Tzompantzinco, en donde puso en orden la gente que llevaba: se ocupó en esto un día, y al tercero se juntó con los enemigos en Zacatepec, en donde tuvo una sangrienta batalla, y murieron muchos de los mexicanos y tepeacas; al cuarto hizo noche en Acatzinco, en donde cautivó á los que se le fueron de las manos; y al sexto día entró en la ciudad de Tepeaca sin contradicción ninguna, porque los moradores de ella y sus valedores los mexicanos la desampararon, habiendo venido á sus manos y dado por esclavos á muchos de ella. Detúvose aquí Cortés en allanar á toda esta provincia veinte días, derribando ídolos que en ella halló, y fundó una villa que llamó Segura de la Frontera; y luego dió la vuelta por Chololan, y de allí, después de haberse reformado, fué sobre los de Cuauhquecholan que luego se le rindieron, y echó de sus términos á los mexicanos; y habiendo estado un día aquí reformándose, fué sobre Itzocan, y aunque con dificultad los rindió y sujetó, porque se defendieron ellos y los mexicanos que estaban en su defensa, y murieron muchos de ellos: detúvose aquí veinte días dando orden en las cosas convenientes á la prosecución de la conquista; posó en las casas de Ahuecatzin señor de aquella provincia, desde donde dió la vuelta por Tepeyacac, y los tlaxcaltecas se volvieron á su tierra; y habiendo estado algunos días en Tepeyacac, volvióse á Tlaxcalan, en donde halló á muchos de los señores y caballeros de aquella república muertos por la enfermedad de las vi-

ruelas que pegó el negro de Narvaez, (que ya habían cundido por toda la tierra), entre los cuales falleció su grande amigo Maxixcatzin: hizo por él grandísimo sentimiento y puso luto. Antes de partir de la provincia de Tepeyacac, envió á sojuzgar las provincias de Zacatlan y Xalatzinco (que eran del bando mexicano, camino muy necesario para la Veracruz, que habían muerto algunos españoles), despachando para el efecto veinte de á caballo, doscientos peones y muchos de los amigos de Tlaxcalan y otras partes, que los fueron á sojuzgar.